

GRODDECK; LA BISEXUALIDAD DEL SER HUMANO⁽¹⁾.



Georg Groddeck

Traducido por Angel Cagigas (*)

Rev. Asoc. Esp. Neuropsiq., 2001, vol. XXI, nº 79, pp. 83-87.

Importante psicoanalista contemporáneo a Freud, nacido en 1866 en una pequeña ciudad en la antigua Prusia, Walter Georg Groddeck fue hijo de un médico, y de una madre ligada a un medio cultural, muy activo de aquella época. Último hijo de un grupo de cinco hermanos, su familia vivió bajo la rígida moral schberiana, propia de los patrones educacionales vigentes, donde las huellas de la emoción y el afecto eran vistos con malos ojos, indicando puntos de debilidad y fragilidad del carácter.

Georg Groddeck, aceptando la invitación de su padre, ingreso a estudiar medicina. Aquí encontró después de la muerte de este, otro maestro, llamado Schweninger, que tuvo un papel decisivo en su formación. Schweninger criticaba el modelo médico que estaba empezando a tomar cuerpo a finales del siglo XIX, que preconizaba una medicina científica, con un fuerte énfasis en la enfermedad.

Para él, el médico no era un científico, sino mas bien un artista, un creador, promulgando de esta forma, una comprensión de la enfermedad y de la relación medico-paciente de un modo bien diferente de lo que venía siendo practicado. Así, Schweninger, mas allá de haber inspirado a Groddeck, posibilitó que él reuniese en su enfoque médico, las dos vertientes de su familia que le pesaban tanto, el lado cultural materno y el lado médico, paterno.

Groddeck, tomando la delantera de su maestro, consideraba no solo que el médico era un creador, sino que la propia enfermedad era el resultado de un proceso creativo. Estas posiciones de Groddeck son interesantes, porque todo su trabajo está completamente sustentado por la hipótesis de una concepción monista, de que lo orgánico y lo psíquico serían dos formas de la misma fuente: el Ello.

Este aspecto sirvió como una forma a Groddeck de oponerse a Freud -heredero de una concepción dualista del hombre- a quien ya había criticado con dureza en uno de sus primeros trabajos publicados, alrededor de 1913. Sin embargo en 1917, Groddeck escribió a Freud para presentarse, y también para plantearle una cuestión absolutamente original: ¿podría él ser un psicoanalista?.

Este cuestionamiento que se hace en función de su experiencia clínica, de haber construido un sanatorio (que era llamado por los pacientes Satanario, en función de las experiencias que se realizaban ahí), pero también por pensar que la experiencia del inconsciente era absolutamente necesaria para el tratamiento y comprensión de los procesos mentales.

Una de las grandes contribuciones de Groddeck al psicoanálisis fue la paternidad del término Ello; su más conocida publicación se llama El libro del Ello, publicado en Brasil por la Editorial Perspectiva, 1991. El hecho mismo de que existan algunas diferencias del concepto freudiano, sirve para demostrar la independencia y la autonomía de su pensamiento. Por supuesto, que su posición crítica frente a la teoría psicoanalítica le acarreo a una serie de discusiones y también de sinsabores para él.

Pero, a pesar de ello, él logró con su estilo, que podría ser descrito como anárquico e impetuoso, una respetada posición, incluso para Freud, especialmente por la fuerte oposición que hizo al establishment

1.- Título original: "Das Zwiegeschlecht des Menschen", en Psychoanalytische Schriften zur Psychosomatik, Limes Verlag, p. 256-263. (Traduzido del frances por Vincent Leclercq).

existentes en las sociedades psicoanalíticas oficiales. Por otro lado, la mayor crítica que podría hacerse a Groddeck sería su posición francamente antisemita, expuesta superficialmente en este artículo, pero que se puede encontrar en diversas citas de corte racista hechas por él a lo largo de su vida.

*En este texto **El doble género del ser humano**, publicado originalmente en 1931, Groddeck trabaja la noción de aspectos masculinos y femeninos presentes en todos los seres humanos, que caracterizan su natural propensión a la bisexualidad. La convicción de la bisexualidad está vinculada a su concepción monista, la que podría ser descrita como metafísica.*

En el estudio del inconsciente, dos fenómenos originarios de lo humano se revelan rápidamente al hombre: su ser-niño y su bisexualidad. Bajo la presión de la necesidad, el movimiento psicoanalítico trató en primer lugar el hecho de que el ser humano sigue siendo un niño a lo largo de toda su vida; la bisexualidad de los seres humanos, por más conocida que sea por todos, no encontró la misma atención deseable. Esto es aún más curioso porque, en las comunicaciones escritas u orales de la ciencia psicoanalítica, detrás del velo del razonamiento, se puede mostrar como el carácter bisexual del investigador está siempre presente y activo. Sin embargo, miramos hacia otro lado, como frente a algo horrible del ser humano, que no debería existir, a no ser en la forma de masculino-mujer o femenino-hombre, y los tratamos de hombre y de mujer. La distinción entre el hombre y la mujer, sin embargo, sólo es legítima en determinadas circunstancias particulares.

Una mayor sensibilización sobre lo que se entiende por circunstancias particulares, se podría apreciar haciendo una distinción entre las piernas torcidas y las piernas rectas, donde por más torcida que este una pierna sigue siendo una pierna, así mismo un hombre por muy viril o una mujer por muy femenina que sean, siguen siendo un ser humano, un ser masculino-femenino, bisexual. Cuando vemos que el fenómeno originario de la bisexualidad parece ser pasado por alto, no queremos decir, sin embargo, que ello no cumpla un papel importante en la teoría analítica; simplemente no es reconocido como un fenómeno auténtico, como centro de toda observación de la vida y de todas las manifestaciones de la vida. Cierto, que se habla de la bisexualidad hace mucho tiempo; y el deseo de las mujeres de poseer los atributos sexuales del hombre, de comportarse como hombres en el área sexual y otras, así como la aspiración del hombre de ser mujer, de concebir, quedar embarazado, parir, constituyen importantes campos teóricos y prácticos para el intérprete de la vida inconsciente.

Pero no se va más allá de esto, es decir, el hombre es hombre y la mujer, mujer. El extraño pensamiento de que lo femenino no pertenecería estrictamente al hombre, y lo masculino a la mujer, se insinúa en iertos razonamientos, pero nos llevamos a creer que eso sería algo inconveniente, que podría y debería superarse. La realidad inmediata -el presente- esto es, de que no hay un hombre separado de la mujer, de que el ser humano es mujer-hombre, y hombre-mujer, está reprimido.

La historia universal ofrece un magnífico ejemplo de este tipo de represión en la circuncisión de los Judíos y en este sentido, debemos señalar algo a lo que rara vez se presta atención: a menudo, y tal vez con más frecuencia todavía la represión es tan útil como perjudicial; y ello independientemente del hecho de que ellas tengan éxito o fracasen, lo que también puede ser demostrado con el ejemplo de la circuncisión judía.

Los Judíos dan a la circuncisión una particular importancia, de tal modo que ella distingue a los Judíos de los demás seres humanos, y les da la convicción de que, si cumplieran el pacto con la divinidad, cuya validez se basa en la circuncisión, ellos podrían sentirse superior a todos los no-judíos: su divinidad, que es la más fuerte entre todas, cuidaría de ellos. Dado que la circuncisión es una práctica ampliamente difundida, sin que los pueblos la consideren como el signo de la alianza con Dios, un sentido más profundo, de los cuales tal vez los propios judíos sean inconcientes, debe estar vinculado, para ellos, al rito de la circuncisión.

Hoy en día, todavía se encuentran relaciones estrechas entre la circuncisión y la representación de la divinidad en los pueblos primitivos; pero en éstos, la circuncisión del prepucio va acompañada de otra ceremonia, la subincisión, división de la parte inferior del miembro viril. El sentido de ese hendimiento es dar al hombre también el carácter femenino, pero convertirlo también externamente, un ser humano, un ser

bisexual, un hombre-mujer; así, el encuentra la imagen del dios, que el ser humano nunca se puede representar de otra forma que no sea la bisexualidad. Hoy en día, también no podría, si no le fuese prohibido por la civilización, por una orden expresa, representar la divinidad bajo forma humana. De la misma forma que el pene es hendido para dar al hombre una parte sexual femenina, el prepucio es cortado para eliminar cualquier rastro femenino de la marca de la masculinidad; por lo tanto el prepucio es femenino, es la vagina en el cual está envuelto el glande masculino. Dejamos aquí de lado intencionalmente la característica del glande de ser un niño en el cuerpo maternal del prepucio; por otra parte, es necesario destacar, en este punto, que prepucio y glande son mujer y hombre en realidad efectivo, y no símbolos elaborados o consensuados. Para los judíos ocurre algo diferente: cortando el prepucio, pero omitiendo la circuncisión correspondiente del pene, ellos eliminan la bisexualidad del hombre, quitan el carácter femenino del masculino. Dimiten, así, a favor de la divinidad bisexual, a su semejanza divina; con la circuncisión, el judío se hace solo hombre. Consideremos la particularidad del carácter judío: no hay en la tierra pueblo que sea tan manifiestamente masculino. La represión de lo femenino fue tanta que los judíos hasta representarían su divinidad unisexualmente masculina, si no les fuese prohibido representarla. Por la palabra “masculino”, no entendemos, obviamente, el ideal del héroe, quien, recorriendo a la vanidad masculina y a la aspiración femenina del amor, a pesar de su inverosimilitud interna, ha crecido hasta convertirse en una fuerza de peso; por lo tanto el hombre es héroe solamente en breves instantes de su excitación, en los momentos de la erección de su *physis* o de su psique, es decir, excepcionalmente. De un modo general, él es un hombre-niño, siendo lo infantil mucho más superior a lo masculino en lo heroico. Si consideramos al hombre por lo que él es, un ser-en-sí mismo, careciendo de acción, no libre, mil veces encarcelado en lo cotidiano, capaz de erguirse apenas de vez en cuando, sólo durante unos breves instantes de excitación, y cuya fuerza permanente no reside en la excitación, sino en el sometimiento a la ley, llegaremos entonces a la conclusión de que los judíos, apenas les fue posible, reprimieron lo femenino. Pero, exactamente, se trata de una represión, los judíos son tan hombre-mujer como el resto; y sus características agradables y desagradables son una consecuencia de la represión, no una diferencia de ser. Lo remarcable, ejercido durante miles de años, impuesto por la ley de su divinidad, de la bisexualidad fuera de la conciencia, en el inconsciente, es una de las razones por las cuales el importante problema de lo masculino-femenino en el humano está en último plano, en el psicoanálisis y en la vida cotidiana. Por lo tanto es un hecho patente que toda la civilización europea, desde la doctrina moral actual de las confesiones cristianas hasta los pensamientos, los hechos y los gestos del día-por-día, está enraizada en la raíz de ese propósito de la represión judía de la unisexualidad del hombre. Mas, como el psicoanálisis no podrá, con el tiempo, ignorar el fenómeno originario de la bisexualidad, se puede asumir que el estudio del inconsciente podría ser fatal al judaísmo. El futuro, sin embargo, es una carta sellada. Si el humano es real y efectivamente bisexual -y con los escasos conocimientos que tenemos sobre la fecundación y el crecimiento bastan para justificar científicamente esa vieja asunción de todos los mitos-, entonces todos los procesos humanos de la vida deben ser influidos, de una forma u otra, por lo bisexual; y debe ser posible demostrar lo bisexual en el ser humano, en todo y siempre, y no solo en lo que se acostumbra a llamar vida pulsional, en lo supuesto psíquico o supuesto mental, sino más bien en todas las formas de la vida humana, incluso en aquellas que constituyen el campo de trabajo de las disciplinas anatómicas, fisiológicas y patológicas.

El objetivo de estas observaciones es simplemente levantar algunas interrogantes; abordar la importancia que tendría la solución del contenido señalado ya excedería los límites del tema que nos proponemos tratar. Sin embargo, se hace necesario mostrar, a través de un ejemplo, como se puede concebir la contribución de la bisexualidad. Al hacer esto, es necesario tener en mente que la influencia de lo bisexual nunca se manifiesta puramente, pero es, más o menos, determinada y transformada por las fuerzas del Ello ejerciendo otra acción. Y, que para estructurar el acontecimiento, el Ello raramente utiliza lo inconsciente. En vez de eso, acostumbra a utilizar maneras más oscuras, a las cuales no se tiene acceso por el análisis. Sin embargo, como ya se reunió bastante material respecto de la influencia de lo bisexual humano en los procesos psíquicos -material que bastaría considerarlo desde el punto de vista de la masculino-mujer-, podemos dirigir nuestra atención fuera del dominio de la psique; lo que no significa que tal concepción tenga otra legitimidad más allá de una clasificación dentro de una categoría.

Es tan común encontrar particularidades corporales de lo femenino en el hombre, y de lo masculino en la mujer que no vale mucho la pena abordar este punto. Basta con observar con atención a un individuo cualquiera para percibir inmediatamente el fenómeno del hombre-mujer o de la mujer-hombre, sea en la piel, el esqueleto o la musculatura, en el tamaño del cuerpo, en la forma de los miembros u otra cosa. Sin embargo, no se sabe prácticamente nada con respecto a lo bisexual de los órganos internos; se puede hasta decir que la investigación todavía no se pronuncia seriamente sobre esta cuestión. Mientras tanto, las preguntas abordadas aquí se sitúan en otro dominio; no se refieren a los individuos particulares; se proponen descubrir lo humano en sí mismo, al ser humano en cuanto tal, y bisexualmente construido. El psicoanálisis - no es el único: también el razonamiento humano- trabaja con cosas que se llaman los símbolos. Así, se dice que la boca es un símbolo femenino; la nariz, un símbolo masculino. Con esto, se supone manifiestamente que, a partir de ciertas semejanzas, las comparaciones se han hecho conscientemente; o, ser más prudente, se sitúa esta actividad comparativa en las regiones de lo inconsciente o del Ello; sin embargo, la comparación sigue siendo el punto esencial. A este respecto, sin embargo, debemos subrayar que, con el símbolo, no se trata de una comparación, sino de una realidad efectiva, actual. La boca es actualmente -no realmente sino efectivamente, esos dos términos significando algo diferente, casi opuestos- la boca es actualmente de sexo femenino, por lo menos en su estado de reposo, pero ella revela inmediatamente su bisexualidad cuando ella es utilizada para hablar; y esa bisexualidad se manifiesta también, siempre, en la respiración; la nariz, a su vez, según su forma, es de orden de lo masculino, sin embargo las aberturas de las fosas nasales traducen simultáneamente lo sensible femenino.

Esta bisexualidad afectiva encuentra una confirmación en la oposición de las lenguas francesas y alemán -muchas cosas, además, que van al encuentro de nuestra razón adoctrinada, se manifiestan claramente en el lenguaje: la boca, la bouche, dar Mund, o la nariz, le nez, die Nase. La parte superior del rostro es hombre, la parte inferior, mujer; pero no podemos limitarnos al hecho de que esas partes signifiquen hombre y mujer; ellas son actualmente hombre y mujer -y se debe entender por la palabra “actualmente” como capaz de acción.

Ciertos órganos, como la oreja, parecen ser a primera vista, mujer y solamente mujer; pero el rico sonido del tímpano, que, está en relación con el conducto auditivo, es mujer -eso aparece claramente en el mito de la inmaculada concepción de María -, pero esa mujer despierta inmediatamente, en el oído medio, el martillo, el yunque y el estribo, el hombre en la oreja; pero el oído interno, ya con su forma cocleada, es bisexual. De hecho es un error considerar los órganos de los sentidos como receptores; ellos son, en la misma medida, fecundadores, creadores. En lo que dice respecto al ojo, por ejemplo, se sabe -y ya se sabía esto mucho antes del estudio metódico del inconsciente- que es el símbolo de la madre; pero lo que la retina recibe no es visto sin ayuda ajena; es el nervio quien crea la imagen en el cerebro; el proceso de la visión es bisexual. Si los seres humanos tuvieran más claridad al respecto de esta bisexualidad de la visión -lo que sería de esperarse, por lo menos, por parte de los psicoanalistas-, no sería tan fácil poner anteojos inmediatamente sobre las narices de quienes ven mal. Los anteojos hacen de esos individuos un falso ser vidente sin que él sepa sobre eso, un humano que se engaña a sí mismo, y sin saber, a los otros.

Comprenderíamos que, para la mayoría de quienes ven mal, no se trata de un defecto de la visión, sino de una represión de lo que fue visto. Para todo el mundo, la visión es represión; y, si lo reprimido es muy complicado, el Ello causa la miopía; esto, a través de un defecto de la estructura, se constituye entonces el medio utilizado para reprimir aun más fácilmente. Es igualmente un hecho que grandes miopes ven mil veces mejor de lo que ellos creen y nos hacen creer.

La primera leyenda de la creación del humano dice que fue creado “a Su imagen, a la imagen de Dios”; el ser humano como hombre y mujer, como bisexual; para simbolizar a Dios, elige el plural Elohim, lo que se explica fácilmente si asumimos que la leyenda concibe a Dios como bisexual, un ser con los dos sexos. De acuerdo a la leyenda de Lilith, el ser humano también, tenía originalmente los dos sexos; hombre y mujer habrían sido solo separados posteriormente, como resultado de la intervención de Dios. Como fuerza creativa de Dios se designa al “verbo”; pero el “verbo” puede solo constituirse a través del soplo, y el soplo de Dios también es expresamente mencionado en la creación del ser humano. Y el soplo, la respiración, es

absolutamente bisexual: el tomar–concebir, una inspiración; el dar-expulsar la expiración. La respiración, lo bisexual, es característica de Dios. El mito de Cristo confirma esto en la representación del Pneuma Hagion, del Spiritus Sanctus, que fue traducido curiosamente por Espíritu Santo. Pero, así como se reconoce que la respiración es bisexual, que ella actúa bisexualmente, una nueva perspectiva se abre para la observación de todos los procesos físicos, psíquicos y patológicos en el ser humano. Desde allí queda apenas un paso para reconocer la bisexualidad del corazón, de los riñones, de los órganos de la nutrición y de los procesos de la nutrición; para todos ellos se abren nuevas perspectivas: no sólo para las conexiones psíquicas, sino también para lo orgánico. Ya se mencionaron las conexiones entre las formaciones de tumores y la bisexualidad del ser humano en la primera obra publicada por este autor, Determinación psíquica y tratamiento psicoanalítico de las enfermedades orgánicas. En el contexto que hoy nos interesa, notarán que la disciplina favorita del médico, la cirugía, sería inconcebible sin la bisexualidad del ser humano, y que la influencia de lo humano bisexual puede ser observada hasta en los menores detalles de las operaciones.

Como hemos dicho, podríamos examinar todas las manifestaciones de la vida del ser humano desde el punto de vista de lo bisexual; y es lo que ocurrirá algún día. Para nosotros, es bastante con lo sugerido hasta aquí; y estaríamos más que satisfechos, si el único resultado conseguido fuera que el análisis tratara un poco más cuidadosamente el concepto de símbolo, para estudiar si el símbolo no sería mucho más que un juego de ideas: a saber, la realidad intrínseca -en lo actual- de la vida.

<http://www.appoa.com.br/download/Revista%2028%20-%203.pdf>

Volver a Bibliografía Georg Groddeck

Volver a Newsletter 7-ex-33